55J:9

UNA HISTORIA EN UN MESON.

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

DE

DON NARCISO SERRA.

MÚSICA DEL MAESTRO

D. JOAQUIN GAZTAMBIDE.

Representada por primera vez en el teatro de la Zarzuela el dia 5 de junio de 1861.

MADRID:
IMPRENTA DE MANUEL DE ROJAS,
Pretil de los Consejos, 3.
1861.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA, nieta de...	Señorita D.ª Josefa Murillo.
LA ABUELA, mesonera. . .	Señora D.ª Teresa Rivas.
JUDAS, escribano.	Sr. D. Vicente Caltañazor.
JUAN, mesonero..	Sr. D. Francisco Calvet.
EL CABALLERO DE PLESIS, capitan de Dragones. . . .	Sr. D. Ramon Cubero.
BRUNO, padre de Judas. . .	Sr. D. Francisco Arderius.
UN MOZO DEL MESON.	
ALDEANA 1.ª	
ALDEANO 1.º	

Aldeanas, aldeanos, soldados y pages.

La accion pasa en un pueblecito cerca del Pirineo, el año 1724.

Sala grande de un meson; al foro puerta que sube á los cuartos. A la izquierda, la puerta de entrada en segundo término. En primero, torno y rueca de hilar. En tercero, una cantarera. A la derecha, en segundo término, una chimenea con su campana y fogon bajo; en primero, un retablo con dos velas apagadas. Cerca de él un sillon que tiene rodeado un rosario al brazo derecho. Belon, candiles, farolillos y muebles groseros.

Esta obra es propiedad de D. José Serra y Ortega, quien perseguirá ante la ley á quien la reimprima ó represente sin su permiso.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada.

Madrid 27 de abril de 1861.—El Censor de teatros, *Antonio Ferrer del Rio.*

AL

SR. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Mi querido y respetable amigo: No crea V. que se me oculta, al atreverme á dedicarle esta obrilla, que es ofrenda harto pobre y sobrado indigna de que se lea en su primera página el nombre del autor de Los Amantes de Teruel; *pero, amigo mio, la he escrito en cuatro dias, en la época más azarosa de mi vida, con muchos dolores del cuerpo y no pocos del alma; por eso, porque está escrita con dolor, la tengo cariño, y porque la tengo cariño se la dedico á V., á quien siempre he debido amistad sincera y consejos sábios; acójala V. con su acostumbrada bondad, y tal vez en otra ocasion, con más acierto y mejor salud, pueda ofrecerle otra obra de más empeño su leal amigo y admirador*

NARCISO SERRA.

ACTO UNICO.

ESCENA PRIMERA.

LA ABUELA, JUAN *y* BRUNO.

BRUNO. Ya te lo he dicho una vez
y lo diré ciento dos;
y nó, dije á la primera,
y diré á las mil que nó.
¡Pues no me faltaba más!

LA ABUELA. Bruno, por amor de Dios;
no seas bárbaro, y perdona
la fuerza de la espresion.

BRUNO. A mí no me pongas motes;
ten entendido que yo...

LA ABUELA. Si no es mote, no lo creas:
al contrario, es la opinion
más general en el pueblo
que tú eres...

BRUNO. ¡Voto á brios!...
Juan, tú que eres el marido,
hombre, métela en razon...

JUAN. ¡Razon! ¿Y la tienes tú
para despreciarnos?

BRUNO. No
es que te desprecio á tí;
no tengo tal intencion:
tú eres primo hermano mio
y te llamas como yo.
Pero dí: ¿cómo se llama
tu mujer?

LA ABUELA. ¿Vuelta al sermon? (*Se sienta á hilar.*)

BRUNO. Se la ha llamado *La Hallada*,
porque tu madre la halló
niña y dormida en un cuarto,
en que se alojaron dos
estranjeros mal vestidos
que llegaron al meson,
y la recojió tu padre.

JUAN. Cierto: y tambien recojió
una bolsa, con la cual
cuando un fuego asolador
destruyó nuestra posada,
de nuevo se levantó;
y tu padre dió terreno
para construirla mayor.

BRUNO. Por diez onzas y poder
disponer del portalon;
por eso quiero...

JUAN. Mis padres,
téngalos en gloria Dios,
le dijeron al morir
que todo era suyo; y yo
que no tenia que darla,
la he dado mi corazon,
mi mano y me ha hecho feliz.

BRUNO. Menos... menos cuando nó;
menos cuando viste un dia
puesto á sus pies un señor
que la besaba la mano...

LA ABUELA. No tengas mala intencion;
Bruno, no seas bruto.

BRUNO. ¡Dale
con el mote! Esto es atroz.

Tú mismo me lo contaste.

JUAN. Aquello... (*Sentándose.*)

LA ABUELA. Aquello pasó. (*Levantándose.*)
Era un anciano y tal vez
una chochez, un error...
en fin la cuestion no es esa;
volvamos á la cuestion.
Si tu hijo, y mi nieta, Bruno,
se quieren con tanto amor,
que es separarlos hacer
la desdicha de los dos,
si á mí me sobra caudal
y nada te pido yo,
y en todo el pueblo no encuentro
quien tenga dote mejor,
¿por qué tú, terco que terco,
te has de oponer á su union?
Mira, la doy el molino.

BRUNO. No quiero.

LA ABUELA. Un par de labor.

BRUNO. Nada.

LA ABUELA. El ganado lanar.

BRUNO. Ni por esas.

LA ABUELA. Y la doy
la dehesa y las colmenas,
la mesa con su tremol,
las cornucopias doradas,
las cortinas de coton,
y la colcha de damasco,
y la daria, Señor,
mi sangre, si la pidiera,
por no ver su llanto.

BRUNO. No.

LA ABUELA. Anda, bruto.

BRUNO. ¡Dale bola!
Tengo nombre y soy quien soy;
y mi hijo es quien es y es
mi hijo, y su profesion
de escribano le dá cierto
carácter de hombre de pró,

y tiene un tio que fué
alguacil pesquisidor
y miembro del Santo Oficio,
que por cuanto hay bajo el sol
no consintiera un enlace
en donde existe el borron
de padres desconocidos
por parte de abuelo.

LA ABUELA. ¡Oh!
¡Pues el muchacho es alhaja!
Pusilánime, lloron,
y luego llamarse Judas.

BRUNO. ¡Toma! Como que nació
en el dia de ese santo...
En fin, mejor que mejor.
Así le quiere tu nieta
y él á ella, porque el bribon
llorando á lágrima viva
no hace caso de mi voz;
pero yo le curaré
á estacazos el amor,
porque es una de mis frases
persuasivas el baston;
y si hoy llegára la novia
que mi voluntad le dió,
tuerta, pero más hidalga
que Rodrigo Calderon,
quiero que haya baile aquí
en el portal, porque yo
tengo derecho de usarle,
segun cierta condicion
de la escritura de venta,
y habrá aloja y habrá arroz
con leche, y habrá...

LA ABUELA. Animales
estando tú.

BRUNO. Pues señor,
no hay quien la saque del mote;
lo dicho, dicho. Con Dios.

ESCENA II.

JUAN, LA ABUELA.

LA ABUELA. Juan, ¿vuelve la murria?
JUAN. Pues;
y en harta razon la fundo;
yo le grité á todo el mundo:
«mirad un hombre á sus pies.»
Y aunque ya de aquella historia
han pasado treinta años,
ves que vienen los estraños
á refrescar mi memoria.
Pasó mi imprudencia y ví
que insultaba tu inocencia;
pero la maledicencia
se acuerda mucho de mí.
LA ABUELA. Diga lo que quiera, Juan;
si tú tienes satisfecho
el corazon en el pecho,
deja hablar al qué diran:
mira el qué dirán con calma,
de aquel lance lo que fué
sabes que te lo juré
por la salvacion de mi alma.
Llamó aquel hombre, fuí á abrir;
del alazan se apeó:
¿qué quereis? le dije yo:
«verós, antes de morir.»
Muda de asombro quedé;
respetuoso el anciano
un beso me dió en la mano,
montó á caballo y se fué:
y bien satisfecho estás
de que ni le habia visto
antes, ni desde que existo
he sabido de él jamás.
Otra cosa es la que siento

que el qué dirán, á fé mia,
que...

JUAN. María...

LA ABUELA. Sí; María
se muere de sentimiento.
Es el amor á su edad
lo que el corazon nos llena,
y en amor mata una pena
mejor que una enfermedad.

JUAN. Tú tambien la mimas tanto...

LA ABUELA. Su pobre madre murió,
nuestra hija, y me la encargó
vertiendo mares de llanto.
¿No la tengo de querer,
y no quieres que me aflija,
si es la hija de mi hija
que murió dándola el sér?

JUAN. Tanto quiere á Judas...

LA ABUELA. Sí;
ella quiere con esceso,
y eso es de familia. En eso
se parece mucho á mí.

JUAN. Mas si el padre no le deja
y la cosa se complica...

LA ABUELA. Se nos morirá la chica.

JUAN. Vamos, no te apures, vieja.
Espera en Dios, que unirá
á los séres que se aman.

Voz dentro. ¡Eh! ¡posadero!

JUAN. Me llaman.
Por Dios, no llores. ¡Ya vá!

ESCENA III.

LA ABUELA.

Sí; trazas tiene aquel zote
de hacer nada racional!

cuando le llamo animal
se figura que es un mote...
Si el chico fuera valiente...
Pero es tan lloron el chico,
que por más que yo le pico
se obstina en ser obediente.
Su padre muestra desden
hácia mí, porque no valgo
lo que él como hidalgo; ¡hidalgo!
¡Si yo lo fuera tambien!
Si yo viese algun resquicio...
si aquel hombre... Nada, nada.
Soy la pobre tia Hallada;
no tengo ningun indicio.
Lo que es que mi ser alienta
sangre noble siento aquí;
pero á mi nieta y á mí
así no nos hace cuenta.
Cuando me pongo á pensar
en esto, me dá jaqueca...
Mal haya esta vez la rueca,
no tengo gana de hilar.
Señor, dejádmela ver
ser muy feliz con su amor.
Si la hago feliz, Señor,
ya nó tengo más que hacer.
Ella á mí sola se queja,
y aun teme que yo la riña...
¡Pobre María, es tan niña!
¡Pobre de mí, soy tan vieja!
Y es necesario idear
un medio, no hay más remedio;
si yo pensára algun medio...
¡Buena estoy para pensar!

(Los últimos versos de esta escena los ha dicho durmiéndose para que al finalizar se quede traspuesta.)

ESCENA IV.

La Abuela, María, *entrando con un cántaro que deja en la cantarera.*

Música.

María. Por más que á la fuente vaya,
no quito el agua á la fuente:
con lágrimas de mis ojos
voy aumentar su corriente.
Harto lo siente
quien á la fuente vá,
y ¡ay! ¡que como la fuente
llorando está!
¡Pobre de mí,
que me miré en la fuente
y no me conocí!

¡Dichosa tú, abuela mia,
que te duermes junto al fuego;
yo vengo con agua fria
y aun con el agua me quemo!
Tu edad prudente
esa calma te dá.
¡Ay, de quien vá
á la fuente, y cual ella
llorando está!
¡Pobre de mí,
que me miré en la fuente
y no me conocí!

(Besa la mano á La Abuela y esta se despierta.)

Hablado.

María. Buenas tardes.

LA ABUELA. Rapazuela,
vén, dame un beso en la frente.
Hola; ¿vienes de la fuente?
MARÍA. De la fuente vengo, abuela.
LA ABUELA. ¿Y son sus claros espejos
los que te hacen llorar?
MARÍA. Yo...
LA ABUELA. No digas ahora que nó.
MARÍA. He visto á Judas de lejos.
LA ABUELA. Esa inclinacion tan terca
un mal te traerá de fijo:
¿de lejos has visto al hijo?
Yo he visto al padre de cerca.
MARÍA. ¿Y qué?
LA ABUELA. Nada; sigue así,
lo mismo que Dios le hizo,
tan animal, tan erizo...
y tan... tan...
MARÍA. ¡Pobre de mí!
LA ABUELA. Vamos, ¡voto á Belcebú!
Si lloras así, me voy.
Házte cuenta que yo soy
una chica como tú.
Cuando han menester consejo
y es verdadero el cariño,
sienten el viejo y el niño
lo mismo el niño que el viejo.
Cuéntame, porque no sé
como enamorarte pudo
Judas, tan lloron, tan rudo
y tan...
MARÍA. Pues ahí verá usté.
LA ABUELA. No sé como en él está
puesto de tu alma el cariño.
MARÍA. El amor es ciego y niño
y no sabe dónde vá.
LA ABUELA. ¿Tú tienes en la memoria
el como fué?
MARÍA. Sí, por Dios,
abuela, y entre los dos

hay una prenda pretoria.

LA ABUELA. ¿Una prenda? A ver, á ver...

MARÍA. Y me causa un sentimiento...

LA ABUELA. Habla, María, al momento;
todo lo quiero saber.
Me dices que entre los dos...
Esto solo me faltaba;
y que tú sientes... acaba,
hija, por amor de Dios.

MARÍA. Un año hará cosa así,
el pastor de tu rebaño
se puso enfermo.

LA ABUELA. Hace un año;
tienes mucha razon. Dí.

MARÍA. Yo, que de cristiano ardor
leccion en tu alma aprendia,
de tarde al campo salia
á ver como iba el pastor.
Sola, y pensando al acaso
corria al valle sin tino,
entreteniendo el camino
cojiendo flores al paso.
Una vez y muchas fuí,
y algunas me hizo rezar
el miedo de creer notar
pisadas detrás de mí.
En ello una vez pensando
volví la cara de pronto,
y ví á Judas como un tonto
que me miraba llorando.
¿Qué tienes? le dije: «Amor,
dijo, llorando más fuerte,
y es por tí y será mi muerte.»
Doliame su dolor;
mas temiéndome engañar,
ni una esperanza le dí;
él jurar que sí y que sí,
y yo dudar que dudar.
Judas, por calmar mis dudas,
un beso me dió á traicion...

y me quemó el corazon,
madre, aquel beso de Judas.
No fué aquel beso de amor
ni espresivo ni abrasado;
fué misterioso y callado
como el que se dá á una flor.
Ni aun el viento que pasaba
siquiera oirle podia,
y yo en el alma sentia
que en el alma le guardaba.
Tras su ladrona victoria,
temiéndose algun denuesto,
«no temas, me dijo, esto
es una prenda pretoria:
quien bien ama, no obra mal,
y en prueba de que te amo,
pongo dentro de ese ramo
esta promesa formal.»
Yo tomé el ramo, corrí;
temblando á casa llegué,
y tanto mi enojo fué
que en dos dias no le ví;
mas como el enojo merma,
fuí á ver al pastor al llano,
y el pastor estaba sano,
y yo, abuela, estaba enferma.

LA ABUELA. Vamos, no es tan grande el mal;
un beso solo y robado,
y con amor, si es pecado,
es pecado venial.

MARÍA. Yo lo tengo por esceso,
porque enamorada y loca
siento en el alma y la boca
que me palpita aquel beso;
y de noche me desvela
y por el dia me agita,
y sueño y color me quita.
¿Se puede olvidar, abuela?

LA ABUELA. Yo no sé, porque ya ves,
como que yo no he tenido

más amor que á mi marido,
y fué mi marido... Pues...
Justo es que á Judas le riña;
aunque es tan bella tu cara
que casi le disculpára.
¡Eres tan hermosa, niña!..
Tu rostro alumbra el encanto
que tu alma pura revela;
ven, dale un beso á tu abuela,
aunque no te guste tanto.
¿Judas no te dió un papel,
una promesa?...

MARÍA. Verdad;
mas como es menor de edad
y su padre manda en él,
y el padre es tan... tan así
como usted le llama.

LA ABUELA. Ya.

MARÍA. El papel bien claro está,
nunca se aparta de mí. (*Leyendo.*)
«Niña, el amor que me empeña,
la calma de mi alma empaña;
te has hecho de mi alma dueña,
y yo, temiendo tu *saña*,
no te hice ninguna *seña*.
Asi por tí vivo mal,
y mi disgusto moral
anoche fué tan cruel,
que juré al poder *papal*
trasladártelo al *papel*.
María, por tí me arrobo;
dicha sin tí no concibo,
y furioso como un lobo,
aunque ves que *bebo* y *vivo*,
vivo y bebo como un *bobo*.
No al mirarme, niña hermosa,
bajes la vista confusa,
ni me esquives desdeñosa,
porque entonces *será cosa*
de marcharme á *Siracusa*.

No tengas ningun reparo
en decir un «yo te quiero;»
que no habrá en mi amor descaro,
hasta que intervenga el *clero*,
poniendo la boda en *claro*.
Eres tú la mujer sola
por la que mi pecho exhala
el suspiro que le inmola,
y antes me parta una *bala*
que yo decirte una *bola*.
Si me alivias de este peso,
seré tu esclavo sumiso;
mi debilidad confieso,
por si es que juzgas *preciso*
que yo me forme el *proceso*.
Verás, si algun dia llega
en que el amor tu alma liga
á este que su alma te entrega,
que no fué ninguna *ortiga*
para tí, Judas *Ortega*.»

Música.

Esta, madre, es la carta;
su fé confiesa:
pero ¿de qué me sirve
tanta promesa,
si entre ellas vino
á ponerse lo negro
de mi destino?

LA ABUELA. Nietecilla del alma,
no tengas duda,
que á los que bien se quieren
Dios les ayuda.
Niña hechicera,
pues tú vives y él vive,
ama y espera.
Niña que tiene amores
vive sin calma,
y vierte en los suspiros

flores del alma;
y hoja por hoja
nunca falta un mancebo
que las recoja.

MARÍA. Pensando en mis amores
vivo sin calma,
dando al aire en suspiros
flores del alma;
y ni una hoja
le llevará á mi amante
que la recoja.
¡Siempre en querella
con esta historia,
recuerdo aquella
prenda pretoria!

LA ABUELA. No la renueves,
déjala estar,
que no la debes
de recordar.

M.ª Y LA ABUE.ª Nadie diga sin mentir
que domina su pasion;
ni se nace sin llorar,
ni se vive sin amor;
que es un eco celestial
que en el alma puso Dios,
y tras el amante vá
agitado el corazon.

Hablado.

LA ABUELA. Vamos, ¡fíate de mí!
y cuando te digo yo...
si dijo Bruno hoy que no,
dirá mañana que sí.
¡Uy! Judas entra.

MARÍA. ¡Ay, qué miedo!..
Nada, no lo quiero ver,
me voy corriendo á esconder.

LA ABUELA. Anda.

MARÍA. ¡Ay, madre, si no puedo!

ESCENA V.

JUDAS, MARÍA *y* LA ABUELA.

LA ABUELA. ¿A qué vienes aquí?
JUDAS. (*Llorando.*) ¡Ay mísero!
LA ABUELA. Si entras ya vertiendo lágrimas...
JUDAS. Deje usted que corran súpitas
porque no son de farándula,
y ver cómo llora un prójimo
es cosa que causa lástima;
tengo las pupilas húmedas
porque arde de amor la lámpara
dentro del pecho, y consúmeme
el interior y la cáscara.
Mi padre me quiere ó célibe,
ó que me case con Bárbara,
vecina del pueblo próximo,
que tiene un ojo con mácula,
y yo con todo mi espíritu
adoro á esta jóven cándida,
y *ante mí* con fiel propósito
la escrituré boda plácida.
Mi padre es un hombre intrépido
que tiene una vara mágica,
que con una fuerza atlética
dibuja en mí matemáticas.
Yo que no quiero ser víctima
de su voluntad tiránica,
ni cual mi tocayo bíblico
dar un beso y ser un trápala,
de los lares pátrios fúgome,
pues quiere mi estrella pálida
que antes me canten la antífona
que lograr union simpática,
y me iré á tierras recónditas
donde en ignorada lápida
despues del mortal artículo

irá á descansar mi máquina.
Mas antes quiero que el ídolo
por el que padece el ánima,
sepa que conservo incólume
toda mi pasion volcánica,
y no violaré el depósito
aunque me avecine en África,
en donde es costumbre lícita
mudar mujer como elástica.
Dije, y abur.

MARÍA. Se va... En yéndose
me muero.

LA ABUELA. Te mueres... ¡Cáspita!
Judas, si no eres estúpido,
pon séria la cara, lánguida,
y apresta una vez el ánimo
y sé hombre y amante, y gánala.
Bien esos lábios de púrpura
y esa casta frente diáfana,
y esa mirada dulcísima
vale una lucha titánica.
Te piden boda, resístela;
destruye una vez la cábala,
y fia en leyes justísimas,
y espera tu tiempo, y ámala.
¿Cuál era de irte el propósito?

JUDAS. Morir.

LA ABUELA. Es fúnebre práctica.

JUDAS. Debe estar la guerra próxima,
cuando entre pólvora y cháchara
tantos soldados estiéndense
por estas montañas ásperas.
Allí hay muchos en el pórtico.

LA ABUELA. ¿Aquí? Súbete á la cámara,
porque esa gente no es tímida,
y á fuerza de saber táctica...

MARÍA. Adios, mi bien. (*Llorando.*)

JUDAS. (*Llorando.*) Adios, tórtola.
Aunque mi padre es un sátrapa,
yo procuraré... ¡ay!

MARÍA. ¡Ay! (*Suspirando.*)
LA ABUELA. Déjala,
y háblale á Bruno sin máscara.

ESCENA VI.

JUDAS, *solo.*

Que le hable á mi padre... Eso
es muy fácil de decir...
¡Pero si es, Dios me perdone,
lo mismo que un javalí!
¡Y luego, cuando enarbola
aquella vara incivil...
dá con mi energía al traste
y digo á todo que sí.
No hay hombre más desdichado
desde Strasburgo á Pekin...
Si soy buen hijo, y practico
la doctrina que aprendí,
pierdo la posesion dulce
de mi humano serafin;
y si su posesion logro
pruebo que soy hijo vil...
y... ¡vamos! de ningun modo,
yo no puedo ser feliz.

Música.

Por tus ojos, prenda mia,
mi osadía será tal,
que las iras arrostraria
de la vara paternal.
Si es mi padre porfiado
un soldado de mí hará,
y tu amor se vá á la guerra,
y no sé si volverá.
Porque aquel beso que te robé,

robado y todo me supo á miel;
y si pudiera con la intencion,
todos los dias fuera ladron:
y no te estrañe tanto valor,
que esos milagros los hace amor;
porque aquel beso que te robé,
robado y todo me supo á miel.

ESCENA VII.

JUDAS, *el* CABALLERO *y el* MOZO.

Hablado.

MOZO. Pasad, señor capitan:
voy á encender el candil
y el velon, y á poner otro
en el cuarto que pedís. *(Enciende luces.)*
¡Calla! No está el ama... yo
pensé que estaria aquí...
No tendreis que esperar mucho,
que no tardará en venir,
pues no sale de la casa,
de la iglesia ó del jardin,
ó en fin, donde quiere.

ESCENA VIII.

JUDAS *y el* CABALLERO.

CABALLERO. Este otro *(Por Judas.)*
parece menos cerril.
¡Ah! Villano.
JUDAS. ¿Es á mí?
CABALLERO. Claro.
JUDAS. Pues no debe ser á mí;
soy escribano.
CABALLERO. Bien, sea
escribano ó alguacil,
para mí es lo mismo.

JUDAS. (Este
señor es un puerco-espin...
¡Cómo le tratan á uno
porque le ven á uno así!...) (*Llorando.*)

CABALLERO. Vos, que sabreis bien la historia
de esta comarca ruin,
y estareis muy enterado,
podréisme muy bien decir
si es aquí feliz La Hallada.

JUDAS. Es feliz y no es feliz...
Vamos, lo mismo que yo...

CABALLERO. No hablo de vos.

JUDAS. Pues yo sí;
porque entre yo y esa abuela
nunca hubo pan que partir,
y me ha dado más rosquillas
cuando era yo chiquitin...
Era yo entonces muy mono.

CABALLERO. Mucho ha cambiado el perfil.

JUDAS. Se la quiere, se la estima
por el pueblo; pero, en fin,
como que no tiene padre,
madre, ni pariente, ni...
hay quien la desprecia y la...

CABALLERO. Si le conoceis, decid
al que la desprecia...

JUDAS. ¿Qué?

CABALLERO. Que hace mal, y creedme á mí.
(Vamos, no llego á mal tiempo,
se la podrá persuadir.)

ESCENA IX.

JUDAS.

¿Y qué se le importa á él?..
Este hombre tiene misterio...
justo; pero como es
misterioso, no le entiendo.
¡Qué idea! Sí, él me ayudará

á hablar á mis padres récio;
«que hace mal quien la desprecia,»
ha dicho... Bien lo recuerdo;
luego mi padre hace mal,
luego yo hago bien, y luego...
yo quiero ver á mi padre.
¡Uy! que viene aquí. Soy muerto.

ESCENA X.

JUDAS *y* BRUNO.

BRUNO. Bien seguro estaba yo
de hallarte por acá dentro.
JUDAS. Estoy donde debo estar.
BRUNO. ¿No te he dicho que no quiero
que en casa de esta mujer
pongas los piés?
JUDAS. Chist...
BRUNO. ¿Qué es eso,
á mí te vienes con chist?
JUDAS. Chist... Chist...
BRUNO. Judas, que te pego...
Hijo, no seas rebelde.
JUDAS. Padre, no sea usté mostrenco.
No hable usted ya de La Hallada
sino con mucho respeto,
porque hay un misterio...
BRUNO. ¿Qué?...
JUDAS. Repito que hay un misterio.
BRUNO. ¿Y á mí que me importa?

ESCENA XI.

Dichos, JUAN *y el* CORO.

JUAN. Primo,
te vienen buscando estos

para darte una noticia;
que yo voy á ver si encuentro
las mujeres en su cuarto,
y que no salgan.

BRUNO. ¿Qué es ello?

JUAN. Que te sales con la tuya.
¡Qué tenaz eres, qué terco!

ESCENA XII.

JUDAS, BRUNO *y coro de aldeanos y aldeanas.*

Música.

BRUNO. ¡Qué es lo que ocurre,
por Barrabás!

CORO. Llega la novia
que á Judas das:
la enhorabuena
recibirás.

BRUNO. Bárbara llega;
te casarás.

JUDAS. A mi desdicha
no falta más.

CORO. Escucha y sabe
lo que pasó;
ahora un vecino
nos lo contó,
que en el camino
se la encontró.

—

Venia en su pollina
la novia tuerta,
y al pasar por las bardas
de cierta huerta,
el animal,
¡qué desconsuelo!

se arrojó al suelo
como un costal,
porque la burra
se enamoró
de un burro negro
que la llamó;
y sin vencerse
la inclinacion,
cedió al impulso
del corazon.
Tras de la burra
corre el hermano,
corre que corre
y corre en vano;
la tuerta dice
yo no sé qué,
y cojeando
se viene á pié.

JUDAS. Se ha roto el alma...
¡Cuánto me alegro
de los amores
del burro negro!

BRUNO. Bárbara llega;
te casarás.

JUDAS. Si es, sobre tuerta,
coja además...

CORO. La enhorabuena
recibirás.

ESCENA XIII.

Dichos, LA ABUELA, MARÍA *y* JUAN.

BRUNO. Te digo que sí y que sí.

JUDAS. Yo digo que nó y que nó,
y me sostengo en lo dicho;
Dios me dará su perdon
por esta desobediencia

que me aconseja el amor.
Mas me sostengo en lo dicho.

BRUNO. Judas, que agarro el baston.

JUDAS. Aunque agarre usté una lanza;
hoy tengo un génio feroz,
porque hay un misterio...

BRUNO. ¡Hola!
(*Viendo á las mujeres.*)
¿Estábais aquí las dos
para poner al muchacho
en abierta rebelion?
¡Digna accion de quien no sabe
el padre que la engendró!

JUAN. No la insultes, que si pierdo
los estribos, voto á brios,
que á pesar de ser mi primo,
te confirmo...

BRUNO. ¿A mí tú?

JUAN. Yo.

LA ABUELA. No, Bruno, yo te suplico...

JUDAS. Y yo, padre.

MARÍA. Sí, los dos.

ALDEANO 1.º La razon la tiene Bruno.

ALDEANA. Los chicos tienen razon.

ESCENA XIV.

Dichos, el CABALLERO.

CABALLERO. Alto y silencio, canalla,
y no suene ni una voz,
ni haya una mirada altiva,
y fuera el sombrero vos;
y al que no guarde á esta dama
todo el respeto que yo,
le recetará mi gente
á cuchilladas la uncion.
Aquí los mios.

ESCENA XV.

Dichos, soldados y pajes con hachas encendidas.

LA ABUELA. ¡Soldados!
¿Qué buscais aquí, señor?
CABALLERO. A vos os busco, señora,
cumpliendo la alta mision,
legado de la familia
de la que heredero soy.
Nieto soy del noble anciano
que en este lugar os vió,
y os traigo intacto el depósito
de una historia de dolor
(*Saca una cajita de oro sellada.*)
que en un lienzo vuestro padre
ya moribundo trazó,
el cual con todo misterio
mi muy noble antecesor
Armando Juan de Plesis,
cardenal, firmó y selló.
Luis catorce ha muerto ya
y puedo hablar sin temor;
su nieto Felipe quinto
ocupó el trono español,
que cedió á don Luis su hijo
en solemne abdicacion.
Ha muerto ayer Luis primero,
llegó, pues, vuestra ocasion;
Felipe quinto no puede
reinar, porque ya abdicó,
y una junta de teólogos
ha declarado que nó.
Huérfano el sólio, señora,
por dominar su esplendor,
se hará pedazos, cojiendo
cada partido un giron.
Evitadlo vos, señora,

sabed de una vez quién sois,
y pues es para ese trono
vuestro derecho el mejor,
romped los lazos que os ligan,
y venid á reinar.

TODOS. ¡Oh!

(El Caballero salta el sello de la cajita á un golpe de daga. La Abuela saca un lienzo con tres sellos de metal.)

CABALLERO. Partidarios tendreis muchos.
Venid, señora.

MARÍA. Por Dios
no nos dejes.

BRUNO. (Y yo, bárbaro...
voy á enmendar el error.)
Si vuestra... si su Eminencia
me perdona... porque yo,
ya puedes hacerte cargo...
con la mejor intencion...
En fin, si los chicos se aman,
yo recibo mucho honor...
y por lo que toca al mote
tenia usía razon.

JUDAS. (Padre dice ahora que si, *(Llorando.)*
y ella dirá ahora que nó.)

JUAN. Huérfana y sola os amé:
si á pesar de nuestra union
me abandonais á mi suerte
buscando suerte mejor,
cuanto hay aquí os pertenece,
cuanto he recibido doy.
Si te vas... Si os vais, señora,
¿para qué quiero el meson?

MARÍA. ¡Ay, si mi madre viviera!

LA ABUELA. Me parten el corazon.
¡Yo dejaros! ¡nunca, nunca!

BRUNO Y CABALLERO. ¿Qué dice?

LA ABUELA. Digo que nó.

CABALLERO. Leed, señora, y pesad bien
cuál es vuestra obligacion.

La Abuela. Espero cumplir con ella
con la ayuda del Señor.
«Es cuanto voy á escribir, *(Leyendo en el pliego.)*
bajo fé de juramento;
Dios me castigue si miento,
y estoy cercano á morir.
Hija, yo que te amo tanto
y te lloro desterrada,
no te puedo legar nada
mas que una historia de llanto.
Consérvala en la memoria,
y perdona cual perdono
al rey que te roba un trono
por ocultar esta historia.
Fué mi delito en el mundo
nacer de un trono heredero,
siendo engendrado el primero,
siendo nacido el segundo.
La reina en la régia estancia
me dió á ver la luz del dia,
horas despues que ya habia
jurado Delfin la Francia.
En un oculto confin
escondiéronme, no en vano,
temiendo que en mí ó mi hermano
brotára un nuevo Cain.
Fué presentimiento fiel:
el rey Luis trece murió;
Luis catorce es Cain, y yo,
para mi martirio, Abel.
Sumido en perpétuo encierro
no tengo pátria ni nombre,
cara ni sol; soy el hombre
de la máscara de hierro.
Máscara que, á no dudar,
pusiéronme en un letargo,
y fuerza y tiempo tan largo
no la han logrado arrancar.
De prision en prision fuí;
en una de ellas me halló

tu infeliz madre, y me amó:
tuvo compasion de mí.
Dios premie la compasion
de la que hizo mi fé fuerte,
y me evitó darme muerte
en mi desesperacion.
Dios la premie el alborozo
que su sonrisa me daba:
el único sol que entraba
en mi negro calabozo.
Por esa santa mujer
debemos rezar los dos:
ella es mi esposa ante Dios,
y ha muerto dándote el ser.
Yo, por mitigar mi duelo,
rogué al cardenal que hizo
tu misterioso bautizo,
que te llamára Consuelo.
La mar, que mi cárcel baña,
te lleva sobre sus olas
á las playas españolas;
¡que Dios bendiga la España!
Ella tu pátria será,
tu madre y tu porvenir;
que yo me siento morir
y tú eres huérfana ya.
Muero, y juro en mi agonía,
aunque otros digan que no,
que el Rey de Francia soy yo,
y tú eres mi hija, hija mia.
Guie la brisa á tu lecho
este beso de mi amor,
que lleva todo el calor
que yo tenia en el pecho.
Adios. Mi alma se vá en pos
de otra que la llama al cielo:
Adios, Consuelo, Consuelo;
adios, hija mia, adios.»

(Rompe á llorar. El Caballero, despues de un momento de pausa, besa una de las puntas del lienzo.)

CABALLERO. Y entre dos flores de lis
impreso sobre metal,
el sello del cardenal
Armando Juan de Plesis.
Donde ese sello aparece
está la verdad escrita;
y pues él os acredita
como nieta de Luis trece,
ved si es una idea loca
la que mi brazo sustenta;
ved si del rey por parienta
el trono vacante os toca;
ved, en fin, si esta nacion
estais llamada á rejir.
¿Qué decís?

LA ABUELA. ¿Qué he de decir?
Que me quedo en el meson.
Cuadre á Felipe ó no cuadre,
que recobre el cetro es ley,
que es una nacion sin rey
una familia sin padre.
Si un juramento su mano
no detiene y no le toma,
hay un Pontífice en Roma
que aconseje á un rey cristiano.
A él acudid y no á mí,
que nada en el mundo valgo,
y él es quién es, y por algo
Dios puso su silla allí.
Y nadie en mí forme queja,
porque á reinar no me avengo.
Yo, pobre de mí, no tengo
mas que chocheces de vieja.
Mal pudiera resolver
un negocio árduo y prolijo
una reina, que de fijo
se duerme al anochecer.
Mal pudiera una nacion
gobernar tan aguerrida,
quien vá arrastrando la vida

apoyada en un baston.
De mi padre la memoria
será mi dorado trono;
como mi padre, perdono
y escondo mi ejecutoria.
Mis pensamientos son fijos
y no atiendo á más consejos;
y por Dios, pronto, idos lejos,
que están temblando mis hijos.

CABALLERO. ¿Hijo de vuestro vasallo,
mi juramento cumplí
como caballero?

LA ABUELA. Sí.

CABALLERO. Me decís, «lo quiero,» y callo.
Mas si no quereis reinar,
¿nada quereis?

LA ABUELA. Nada quiero.
Repleto tengo el granero
y mucho lino que hilar;
y al ver que es tanto y tan fino
y mi vida de partida,
pienso que acaba mi vida
antes de acabar el lino.
Idos, Señor; ¡es tan tarde!...

CABALLERO. Os obedezco. (Esta vieja
merece el trono que deja.)
Guardeos Dios.

LA ABUELA. Que Dios os guarde.

ESCENA XVI.

TODOS, *menos el* CABALLERO *y los suyos.*

BRUNO. ¡Ah! ¡Qué sacrificio, Hallada!

LA ABUELA. Consuelo: ya tengo nombre.

MARÍA. Ya monta á caballo el hombre.

LA ABUELA. Que tenga feliz jornada.
(*Rodeándose de su familia.*)

Vuestra dicha es mi ambicion,
mi reino vuestra quietud,
mi corona tu virtud, (*A María.*)
mi trono mi corazon.
¿Y Bárbara? (*A Bruno riendo.*)

BRUNO. Como pueda,
que se vuelva en su borrica.

JUDAS. ¡Ay! ¡Ahora esa pobre chica,
qué desairada se queda! (*Enternecido.*)

LA ABUELA. Lloras, siendo novio y mozo...
Pues si no te alegra el paso...

JUDAS. No me hagan ustedes caso,
es que ahora lloro de gozo.

LA ABUELA. Tu novio me desespera
con ser tan sensible, y tanto...
que á fuerza de verter llanto
ese hombre es una gotera.
Que tome ejemplo de mí,
que por lo que me acomoda
pienso bailar en tu boda.
¿Hago bien, chicos?

TODOS. Sí, sí.

Música.

CORO DE MUJERES.

La enhorabuena
cordial reciba,
la enhorabuena
de sus vecinas.
Siempre fuimos nosotras
buenas amigas.

CORO DE HOMBRES.

Enhorabuena,
lo mismo digo,
la enhorabuena
de sus vecinos.

Siempre fuimos nosotros
buenos amigos.

(*Cesa el coro, y todos los versos hablados se dicen durante un* ritornello, *que dura hasta el coro final.*)

Hablado.

LA ABUELA. Vereis como la funcion
animo, si es necesario.

(*Suena una campana á lo lejos que toca al rosario. Todos los actores hacen lo que dicen los versos.*)

MARÍA. El rosario.
LA ABUELA. Si, el rosario;
hijos, á la devocion.
Juan, el sillon para el rezo.
María, alumbra el altar.
Judas, anima el hogar.
Rodeadme todos. Empiezo.

(*La llama de la hoguera alumbra la figura de La Abuela. Los jóvenes se arrodillan delante: los ancianos se inclinan detrás de este grupo. La campana vuelve á sonar. La orquesta preludia la plegaria.*)

Asi, cruzadas las manos,
la gracia divina venga
á nuestras almas. Hermanos,
(*Cogiendo el rosario del brazo del sillon.*)
porque Dios la paz mantenga
entre los reyes cristianos.

CORO FINAL.

Rey de los reyes,
Dios verdadero,
dad á quien rije
cristianos pueblos,
paz en la tierra,
gloria en el cielo.

FIN DE LA ZARZUELA.

POST-SCRIPTUM.

Razones de conveniencia teatral han hecho variar las últimas escenas, desde la XIV hasta el desenlace; escoja el lector ó el empresario de provincia el que menos mal le parezca de los dos finales.

N. S.

ESCENA XIV.

DICHOS, *el* CABALLERO.

CABALLERO. Alto y silencio, canalla;
que no sabeis, vive Dios,
cuando hablais, con quién hablais,
y hablais porque teneis voz.
Buscándoos vengo, señora,
cumpliendo una alta mision:
nieto soy del noble anciano
que en este lugar os vió,
y cumplo con un deber
al daros á elejir hoy
entre vuestro estado humilde
y otro, de tal condicion,
que tan solamente el Rey
puede tenerle mejor.
Noble sois como el que más;
pero para ser quien sois,
fuerza es que dejeis de ser
lo que habeis sido hasta hoy:
si vos rompeis vuestros lazos
aquí está vuestro blason;
yo mi juramento cumplo:
elejid entre los dos.
Víctima de los partidos
y de un desdichado amor,
de la más ilustre raza
sois el último eslabon.
Aquí las pruebas están;
vedlo: ¿qué me decis?
(*Dándola un pliego cerrado.*)

MARÍA. ¡Oh!
¡No nos dejes!

BRUNO. (Era noble;
voy á enmendar el error.)
Señora, yo os despreciaba

con la mejor intencion;
pero siendo noble... pues...
yo recibo mucho honor.

JUDAS. Y ahora dice usted que sí,
y ahora dirá ella que nó.

JUAN. Huérfana y sola os amé;
si á pesar de nuestra union
me abandonais á mi suerte
buscando suerte mejor,
si eso quereis, que no sea
un estorbo mi dolor.

MARÍA. ¡Ay, si mi madre viviera!

LA ABUELA. Me parten el corazon.
¡Yo dejaros! ¡Nunca, nunca!

CABALLERO. ¿Qué decís?

LA ABUELA. Digo que nó.

CABALLERO. Vuestro padre es...

LA ABUELA. (*Con timidez.*) Caballero,
no me le nombreis por Dios,
que bien puede permitirme
quien tanto me abandonó,
que siga siendo La Hallada
mesonera en mi meson.

CABALLERO. Ved que dejais la fortuna.

LA ABUELA. Es que aquí tengo el amor;
es la dicha de mis hijos,
mi único rayo de sol.

CABALLERO. Si esa es vuestra voluntad,
cúmplase vuestra eleccion,
y muera con estas llamas
(*Quemando los papeles.*)
este secreto de honor,
que pudiera un nombre ilustre
cubrir de eterno borron.
Mucho valeis, buena vieja,
vos que del amor en pos
hollais el rico palacio
por el humilde meson:
de rodillas os debiera
mirar el que os ultrajó;

yo, caballero y soldado,
os tengo veneracion:
Dios os juzgará en su dia.
Dios os guarde.

LA ABUELA. Guárdeos Dios.

ESCENA XV.

TODOS, *menos el* CABALLERO.

BRUNO. ¡Ah! ¡Qué sacrificio, Hallada!
Dejar un ilustre nombre...

MARÍA. Ya monta á caballo ese hombre.

LA ABUELA. Que tenga feliz jornada.
(*Rodeándose de su familia.*)
Vuestra dicha es mi ambicion;
mi estado, vuestra quietud;
mi corona, tu virtud; (*A Maria.*)
mi escudo, mi corazon.
¿Y Bárbara? (*A Bruno riendo.*)

BRUNO. Como pueda
que se vuelva en su borrica.

JUDAS. ¡Ay! ¡Ahora esa pobre chica,
qué desairada se queda! (*Enternecido.*)

LA ABUELA. Lloras siendo novio y mozo...
pues si no te alegra el paso...

JUDAS. No me hagan ustedes caso,
es que ahora lloro de gozo.

LA ABUELA. Tu novio me desespera
con ser tan sensible, y tanto...
que á fuerza de verter llanto,
ese hombre es una gotera.
Canta.

JUDAS. Apenas puedo hablar;
tal me hace el amor cosquillas:
mas hablaré en seguidillas,
que eso equivale á cantar.
Idolatrada prenda
del alma mia,

oye mi cantinela,
dulce María:
porque tu abuela
me manda que recite
mi cantinela.
María, si celoso
por ti me veo,
voy á pasar de *Escriba*
á Fariseo:
y si ahora lloro,
es solo de ternura
porque te adoro.

Olvida en siendo esposa
aquel esceso,
en que por descuidada
te robé un beso:
y no te olvides
de que puede ser malo
que te descuides.

MARÍA. Si amor hablando, Judas,
te hace tan diestro,
cuida luego no vendas
á tu maestro:
Todas mis dudas
son por si de casado
Judas es Judas.
Mira que el daño mio
será tu daño...

JUDAS. Cuéntaselo á tu abuela
si yo te engaño.

MARÍA. Viva mi abuela...
qué bien que me ha sabido
la cantinela.

FIN DE LA ZARZUELA.

VENGANZA CATALANA.

6

3 0112 098518167